

mero en todas partes; vuestros bloques son insuficientes, y si tenéis la desgracia de experimentar algunos reveses, ignoro qué es lo que podrá consolar á los que no han querido comprender que multiplicando los medios y dando grandes golpes, se disminuían los peligros de la empresa, se aseguraba su buen éxito y se duplicaba el brillo del papel que la Francia representa (1). M... de Chateaubriand, ha mostrado desde que está en el ministerio, una energía y una habilidad que legitiman sus derechos á nuestra confianza, y que le elevan al primer rango de los hombres de Estado; pero nadie le secunda.



CASIMIRO FERRIER.

ción, que quizás no bastará para destruir vuestras prevenciones contra las miras que suponéis en algunas personas; pero que por lo menos os hace conocer las razones que pueden algunas veces y hasta cierto punto hacerme participar de las alarmas que os apesadumbran. Creed, sin embargo, que conozco á fondo los inconvenientes que podrían resultar de una falta de acuerdo entre nosotros, para no hacer todo lo posible á fin de evitar hasta la apariencia de una excisión, y hallareis á Pozzo dispuesto siempre á apoyaros con todo en poder. Precisa sería la realización de algunos de los temores que os he manifestado para cambiar mis disposiciones y mi conducta.»

Prescindiendo de las prevenciones de S. M. I., es difícil, señor vizconde, no suponer en quien en estos términos se explica un fondo real de interés y de parcialidad por la Francia.

Me he limitado á responder al emperador que no

(1) Esto es despacharse á su gusto: ¿nos habían dejado los extranjeros el medio de formar un gran ejército? Aquí el emperador nos echa en cara el mismo mal que sus aliados nos habían hecho; pero se engaña, y nuestro pequeño ejército fue suficiente para entrar en Cádiz, donde yo me prometía aumentarlo para ir á otra parte.

»Hé aquí, querido general, lo que explica y lo que puede justificar la desconfianza de que os quejáis. Garantizadnos la continuación de M. de Chateaubriand en el ministerio, y la duración de su influencia, y entonces vereis desaparecer todas las inquietudes. Pero como no podemos ocultarnos que bastaría tal vez una sola mala noticia de España para cambiar la situación de este ministro, y hacer tomar resoluciones que podrían obligarle á retirarse.

»Ya veis, mi querido general, hasta dónde llega la confianza que tengo en vos; á la estimación que á vuestro carácter profeso, debéis esta larga explica-

podía menos de sentir vivamente verle insistir en conservar contra el presidente del consejo, prevenciones tan poco fundadas y que podían producir tan graves inconvenientes; que era posible que antes de emprender la guerra, M. de Villele, preocupado como se estaba en la misma Viena y en Berlin, con la idea de los peligros con que podía amenazar á Europa, hubiese hecho é intentado todo para impedirlo; pero que, una vez resuelta, sería injusto acusarle de no haberla sostenido con energía y por todos los medios posibles, sin perder, no obstante, de vista aquellos que podían abreviar su duración; que rogaba al emperador observase que en un gobierno representativo era poco menos que imposible suponer, en el momento de tan grave crisis, una división de opiniones en el consejo; pero que admitiendo la posibilidad de esta disidencia, era servir mal la causa que se quiere sostener, el manifestarnos una desconfianza que podía dar á M. de Villele el derecho y hasta el deber de no aconsejarse sino de sí mismo; y en fin, que la manifestación de la opinión que el emperador acababa de darme á conocer, no podía dejar de ser perjudicial á los intereses de que se constituía defensor, y por los cuales combatíamos hoy con tanta franqueza como

energía. No sé si este sencillísimo raciocinio ha producido algún efecto en el ánimo del emperador; pero despues de haberme mirado algún tiempo en silencio, me dijo: «Teneis razon; así es que solo á vos comunico mis reflexiones; no hubiera sido conveniente dejar traslucir la duda.» La conversacion continuó, pues, y terminó como veis por mi despacho, tan bien como yo podía desearlo.

El conde de Nesselrode parece no dudar de la excelente noticia (*era prematura*), que acabamos de recibir; y con este motivo se explicó de una manera que no me dejó la menor duda de la satisfacción que le causa. Quisiera poder atreverme á estampar aquí todo lo que en estas circunstancias oigo repetir. Si en tales momentos un alma como la vuestra pudiese

ser accesible á los gozes del amor propio, en verdad que nada tendríais que desear. Por lo que á mí respecta, señor vizconde, me faltan palabras para expresar lo que experimento. Es preciso conocer los disgustos que he sufrido desde que estoy aquí, para comprender la sensación que me hace experimentar la exaltación con que oigo hablar hoy de los franceses, de la Francia y de los que la gobiernan. No obstante, señor vizconde, cuanto mas viva es esta sensación, mas obligado me he creído á reconcentrarla en mi pecho; hasta que haya recibido la confirmación oficial de este gran suceso, he creído debía aparentar que todavía no le daba entero crédito. Un desengaño me colocaría en una posición por demás desairada. Parece que el rey ha hablado al conde de Nessel-



CHAUVEAU-LAGARDE.

rode de su conversacion conmigo, y que este, mas justo que su amo, siente que se haya hablado con injusticia de M. Villele. Hablándome ayer de la libertad del rey, que él llamaba *el fin del fin*, me decía: Lo que causará un especial placer al emperador, al saber esta gran noticia, es que verá en ella una seguridad de una union aun mas íntima entre MM. de Villele y de Chateaubriand, y que importa á la tranquilidad de la Francia, y por consiguiente á la de Europa que hombres tan leales y tan bien intencionados y dotados de tan gran talento, no se desunen jamás.

LA FERRONAIS.

M. de Chateaubriand á M. de Serre.

París 5 de setiembre de 1823.

Conozco perfectamente, señor conde, la difícil posición en que os coloca la mezquindad del gobierno. Recibo reclamaciones por todos lados. No es posible hacer comprender la verdad á la cámara: esta cree

de su deber negar algunos miles de francos por lo que aumentaría nuestro brillo en el extranjero, y votará millares para gastos cuando menos inútiles. Mezeray decía que «la Francia, en cierta época de nuestra historia, se gobernaba como un gran feudo,» hoy se gobierna como una gran bolsa. Miro á los hombres que dependen de mi ministerio y que tan bien secundan mis trabajos, como si fuesen *ministros*, y yo solo reclamo el honor de ser su colega, juzgad si padeceré al ver que no puedo auxiliarles.

Os aseguro que con el mayor gusto cambiaría con vos de posición; os abandonaría los espectáculos de la corte é iría á ver de nuevo las barcas pescadoras que tenéis á la vista. En el caso de que algun asunto venga á ausentar el disgusto de que soy naturalmente objeto, y se me destituye, iré á buscaros á vuestra hermosa playa. Ansio el sol y el reliro como la gata convertida en mujer corria tras los ratones. Estas son mis debilidades, caballero; os las confío, y espero las ocultareis; este es mi secreto *diplomático*. De paso os ruego procureis que vuestro rey se conciente con Caserta y renuncie á la regencia de Es-

ña. Un hombre como vos comprende todo y me excusareis.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand al general Guillemín.

Paris 5 de setiembre de 1825.

No puedo, general, dejar de escribiros otra vez en estos decisivos momentos. Cuando recibais mi carta sereis sin duda dueños del Trocadero, y estareis dispuesto á atacar á Cádiz ó la isla de Leon, ó los dos á la vez, á juicio del ilustre príncipe que acudilla el ejército. Ya sabéis, general, que esta ha sido á principios de la guerra mi opinion, y debo repetiros las razones en que me fundo.

He consultado aquí á muchos militares franceses y extranjeros, de los cuales algunos sirvieron á las órdenes del mariscal Victor en el bloqueo de Cádiz, y otros contra este mariscal en el mismo bloqueo: así, pues, los unos conocen perfectamente los medios de ataque, y los otros los medios de defensa. Todos convienen en decir que en la época del primer bloqueo, la isla de Leon estaba defendida por un ejército de veinte y cinco á treinta mil ingleses, portugueses y españoles; que estaba guarnecida por una artillería formidable traída de Gibraltar; que una escuadra de treinta buques de línea é innumerables lanchas cañoneras, defendian su entrada por el lado del mar, y que, á pesar de todo esto, los franceses estaban á punto de apoderarse de ella, pasando durante la noche embarcados desde el fuerte de Matagorda al de Puntales, cuando Bonaparte llamó á las dos terceras partes de las tropas para marchar contra el duque de Wellington.

Hoy, la posición es inversa. La isla de Leon y el Trocadero solo están defendidos por siete ó ocho mil hombres de malas tropas, que hemos batido en todas partes en la proporción de diez á uno; que además están desmoralizadas por la capitulación de Morillo y Ballesteros, y divididas en dos partidos, los milicianos nacionales y las tropas de línea; además los ingleses dicen que han retirado y llevádose la mayor parte de la artillería que protegía los diferentes puertos, y que, exceptuando algunos puntos, los reducidos interiores y la mayor parte de las obras están casi sin defensa; y debemos creer á los ingleses, porque no desean nuestra victoria.

Finalmente, el mar es nuestro; las cincuenta lanchas cañoneras españolas, que os han molestado mucho para la toma del Trocadero, se hallan en la imposibilidad de hostilizaros, á consecuencia de la toma de este reducido; y digan lo que quieran algunos oficiales de marina, nuestros buques pueden protegeros muy bien con su fuego, para practicar un desembarco, cuando os hayais posesionado del Trocadero y de Matagorda. Es verdad que se verán precisados á sufrir el fuego de las obras enemigas de la orilla opuesta; pero lo cierto es que los buques ingleses iban todos los días á atacar á Matagorda, cuando los franceses eran en la primera invasión, dueños de este fuerte, y que las naves francesas podran hoy cañonear á Puntales, cuando ocupéis á Matagorda.

Asegúrase, pues, que es posible verificar un desembarco en Puntales, cuando hayais hecho callar el fuego de este fuerte, tomar posiciones en él y separar de este modo á Cádiz de la isla de Leon. Supongo que esta operación será combinada con algun otro desembarco, verdadero ó simulado, en la orilla meridional de la isla, y el bombardeo de Cádiz, aun por vuestras bombardas, por pequeño que sea su número. Os diré, general, que tengo la íntima convicción de que hallareis mucha menos resistencia de la que imagináis. Nunca los españoles han podido resistiros un momento

cuando los habeis alcanzado (*), y probablemente veis que las tropas de línea se os unen en parte en la isla de Leon, no bien hayais pisado sus orillas.

Inútil es que os diga que la ocupación de un punto importante en la isla de Leon, ocasionará la caída de Cádiz, aun cuando esta ciudad no abriese sus puertas y no fuese vuestro ánimo destruirla con un bombardeo verificado desde la extremidad de la calzada mas arriba de Puntales; es evidente que en tal caso sucumbirá en poco tiempo por hambre. El bloqueo por tierra de la isla de Leon supliría la incertidumbre del bloqueo por mar, y sentireis menos la insuficiencia de vuestra marina.

Pero á propósito de estos buques, quiero deciros algunas palabras relativamente al equinoccio. Parece, segun todo lo que de este se dice, que es un término fatal, una época fija é inevitable en la que no se debe esperar sino desgracias. Los ingleses han bloqueado por espacio de tres años la bahía de Cádiz, en invierno y en verano, sin perder nunca de vista la tierra. Por lo regular se experimenta una tempestad en los primeros días de octubre, pasados los cuales el tiempo es hermoso hasta principios de diciembre. Diciembre y enero son bastante tempestuosos, pero febrero es, por lo general, admirable, y los vientos de marzo solo duran ocho días. Yo he navegado en esos mares, y no es á mí á quien deben referirse los cuentos terribles del equinoccio.

Ahora, general, debollamar vuestra atención acerca de lo que sucedería en el caso de que abandonáramos á Cádiz. La Francia, que vuelve á colocarse en estos momentos en el primer puesto militar en Europa, volvería á caer, si tal ocurriese, en el último. El partido jacobino se reanimaría en España y volvería á levantar su cabeza en Francia. La Inglaterra atizaría el fuego de la discordia, se declararía tal vez, y los aliados, ó nos retirarían su apoyo moral, que nos ha servido para neutralizar la acción de Inglaterra, ó nos ofrecerían su apoyo físico, que no podríamos admitir sin deshonorar para siempre nuestras armas y sin perder nuestra independencia. Las consecuencias de un paso retrógrado son tan terribles en los asuntos de España, que afectarían la legitimidad y la corona de los Borbones. Es preciso penetrarse bien de esta verdad. Ocurriría una catástrofe en la bolsa, y esta catástrofe sola nos pondría en el mas inminente peligro. Necesario sería un volumen para explicar los males que nos resultarían de una retirada de Cádiz. Por esta misma razón, general, sean cuales fueren los justos motivos de descontento que monseñor pueda tener de Madrid, la política nos obliga á ocupar dicha ciudad. Es preciso solamente aumentar la guarnición tal vez con la división del general Bourke, pero dejando siempre una guarnición bastante fuerte en la Coruña, á causa de los ingleses, que hacen entrar todo por este puerto. De nuevo os pido, general, que atenuéis y suaviceis las medidas de orden interior. Disimulad las injurias, encerrad en el fondo de vuestro corazón el desprecio. Pensad que en la cuestión de España todo debe ser astucia, contemporalización y habilidad. Colocados entre dos partidos violentos, que solo respiran venganza, no podemos cambiar sus posturas ni iluminar su espíritu. No armemos la masa contra la masa; y cuando es sanguinaria y vengativa, aplacemos para después de nuestro triunfo el decirse lo que sentimos respecto de ella. ¿Qué importan hoy á la gloria de monseñor y á la de su valiente ejército, los ultrajes de algunos insensatos, las intrigas de algunos ambiciosos y las maquinaciones de algunos enemigos? Libre-mos al rey y abandonemos para siempre esa España,

(* Solo un patriotismo fanático y de mala ley pudo inducir al autor á negar á los españoles la virtud del valor, que no han osado negarles ni aun sus mas encarnizados enemigos. (N. del T.)

en cuyo suelo habremos recobrado nuestra independencia como nación, nuestra gloria como guerreros y nuestra seguridad como sociedad política. Monseñor volverá con una alta reputación, y todos aquellos que le hayan servido en esta asombrosa empresa, en que habrán muerto de un solo golpe dos revoluciones á la vez, hallaran la gloria y la recompensa debidas á su valor y sus trabajos.

No penseis, pues, general sino en coronar la obra con un fin digno del principio, y por una de esas atrevidas empresas tan naturales en los franceses, y que tan bien se adaptan al carácter de su valor. No sé en qué consiste; pero es lo cierto que un desembarco de tropas casi nunca ha tenido mal éxito en ningun pueblo y en ningun país.

Sabéis, general, cuanta es la consideración que os profeso.

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Polignac.

Paris 11 de setiembre de 1825.

Desde la brillante acción del Trocadero, nada nuevo ha ocurrido. El 8 ó el 10 ha debido ser atacada la isla de Leon, por cuya razón no podemos tener ninguna noticia importante antes del 17, lo mas pronto, á no ser que sea la misma capitulación de Cádiz; pero los defensores de esta plaza no hablarán de negociaciones antes de un segundo ataque.

Hé aquí un hecho bastante notable, por parte de Austria, que ayer me ha comunicado M. de Caraman; el emperador de Rusia, antes de trasladarse á la Besarabia, ha pedido una cita al emperador de Austria. El príncipe de Metternich dice que le contraría mucho esta proposición, que será objeto de muchos comentarios; pero dice al mismo tiempo que se propone sacar partido de ella para intimidar á la Puerta y obligarla á allanar las diferencias que permitirían á la Rusia rerirar su embajador de Constantinopla. La entrevista de ambos emperadores debe celebrarse el 6 de octubre; supongo que el príncipe de Metternich, á pesar de su sorpresa, está en el fondo de este embolismo. Como quiera que sea, después de la guerra de España los asuntos de Oriente adquirirán gravedad, y es preciso prepararse para esta cuestión. Voy á dar algunos pasos acerca del particular en Viena, y á preguntar por qué se trata del Oriente sin contar con nosotros. Cuando M. Canning ó el encargado de negocios de Austria hablen de esto, manifestareis también vuestra sorpresa y hareis observar que cuando damos parte á nuestros aliados de nuestros proyectos y de nuestra política, tenemos algun derecho á que se nos trate con la misma confianza.

Los cardenales están encerrados en cóclave; esto puede marchar aprisa y no dejar á nuestros cardenales el tiempo de llegar. Estamos entre los negros y los rojos. Los negros serían mas seguros para nosotros, bajo el punto de vista de los principios; pero presentarían algunos inconvenientes por el exceso de su celo.

Enteramente vuestro, noble príncipe,

CHATEAUBRIAND.

M. de Chateaubriand á M. de Talaru.

Paris 11 de setiembre de 1825.

Voy á deciros algunas palabras, mi querido amigo. Os aseguro que me alegró especialmente por vos al ver despejarse el horizonte político de España. Sin embargo, no cantemos victoria. La veleidosa fortuna me infunde un miedo horroroso. He visto á nuestros amigos, y les he encontrado afligidos por la frialdad que creían mediaba en nuestras relaciones. Les he dicho que nunca podía haber entre nosotros dos, disenti-

miento alguno duradero; que nos habíamos embrollado un poco, pero que todo había concluido.

Soy enteramente vuestro, mi querido amigo. Por aquí no ocurre novedad particular. Los cardenales están en cóclave; quieren caminar de prisa, y el Austria se agita mucho.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Os ruego digais á M. el nuncio y al abate Casson que el rey me encarga darles sus sinceras gracias por las pruebas que le han dado de sus sentimientos el día de San Luis. S. M. las ha agradecido en extremo.

He recibido esta mañana vuestro número ocho con fecha del 6.

El conde de Guillemín á M. de Chateaubriand.

Puerto de Santa María 11 de setiembre de 1825.

Monseñor:

Contestó á toda prisa á vuestras cartas del 31 de agosto y 3 de setiembre. Vuestros deseos han sido adivinados: dos circulares á los generales han modificado la órden de Andújar. La circunspección, muy recomendada en la aplicación, acabará de atenuar su efecto. Pero en nombre de Dios os pido que hagais que la regencia tenga una conducta á la vez mas prudente y mas firme.

Si, como V. E. me lo asegura en su primera carta, los ingleses no intervienen en Cádiz, no dudo que nuestras operaciones delante de esta plaza conducirán á un ventajoso resultado.

La flotilla de la Coruña se ha reunido con la escuadra. Sacamos partido de sus tripulaciones y de su artillería para nuestras cañoneras y nuestras baterías.

Gracias á V. E., el Portugal nos ha ayudado aunque muy poco, pues este país está completamente exhausto de recursos marítimos.

Por lo que respecta á vuestro grande y único negocio, mi confianza en el buen éxito no necesita corroboración. Estoy tan convencido como V. E. de nuestra superioridad sobre el enemigo.

Dueños ya del Trocadero, he creído también como V. E. que debíamos verificar nuestro ataque por Puntales. Estableciéndonos en el arrabal situado á su espalda y en la Cortadura, impediremos por una parte las salidas de la plaza y obligaremos por otra á todos los defensores de la isla de Leon á capitular: esta operación nos llevaría mas directa y prontamente al fin de nuestros planes.

Nuestra marina está mas de acuerdo con nosotros, en cuanto á la posibilidad de un desembarco en la costa del gran mar, entre Sancti-Petri y Torregorda. Pero es una condición necesaria la rendición del fuerte de Sancti-Petri, que cruza sus fuegos con las baterías de tierra en el punto que se cree á propósito para el desembarco. Mañana cañonearemos este fuerte por tierra y por mar, y segun todas las probabilidades, lo tomaremos muy pronto.

Su posesión nos pondrá en disposición de intentar el desembarco entre Torregorda y este fuerte, ó de ejecutar el paso á viva fuerza del rio Santi-Petri hácia su embocadura.

La primera de estas operaciones estriba en gran parte en la marina. Una vez en tierra, vuestras valientes tropas se encargaran de lo demás. Espero que esta tentativa se hará dentro de pocos días.

Verificado el paso á viva fuerza, reuniremos nuevas bocas de fuego en frente de las baterías enemigas de la embocadura de Sancti-Petri, nos estableceremos en el fuerte de este nombre, y nuestros bergantines y cañoneras vendrán á tomar la espalda de las baterías españolas; de modo que la lengua de tierra sobre la que se cruzarían nuestros fuegos, se hará